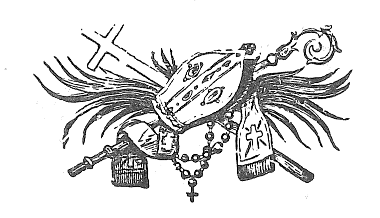
CARTAS PASTORALES

CIRCULARES Y OTROS ESCRITOS

DEL

ILMO. Y RMO. SR. D. FR. EZEQUIEL MORENO Y DIAZ

OBISPO DE PASTO (COLOMBIA)



MADRID
IMPRENTA DE LA HIJA DE GÓMEZ FUENTENEBRO
calle de Bordadores, 10

—

1908

Ó CON JESUCRISTO, Ó CONTRA JESUCRISTO

Ó CATOLICISMO, Ó LIBERALISMO

Á MIS AMADOS DIOCESANOS

Os dedico, hijos míos, estas breves páginas, porque las he escrito especialmente para vosotros, y con el fin de borrar de vuestro entendimiento y de vuestro corazón la mala impresión que os haya podido causar la carta dirigida por el señor presbítero D. Baltasar Vélez al Sr. Dr. D. Carlos Martínez Silva, y que en forma de folleto, y con el título *Los Intransigentes*, corre y circula con profusión por todos estos pueblos, y creo que por todos los de la República.

No doy á este pequeño escrito la forma de Carta Pastoral, porque no es tan adecuada como la de opúsculo, para el objeto que me propongo, que es rebatir los errores que contiene la carta del expresado señor presbítero. No quisiera, sin embargo, que le dieseis menos importancia que si saliera en forma de Carta Pastoral. Dios quiera que produzca en vosotros los resultados saludables que busco y deseo.— † FR. EZEQUIEL, *Obispo de Pasto.*

INTRODUCCIÓN

La nota dominante de la carta del señor presbítero D. Baltasar Vélez es *un falso espíritu de conciliarlo todo*, secnndando la corriente que en ese mismo sentido han establecido ciertos hombres católico-liberales, y que nos llevaría á las consecuencias más funestas para la Religión y la sociedad, si llegara á propagarse.

Quiere y pide dicho sacerdote en su carta *transigencia* con

el liberalismo de Colombia, y la pide sobre todo al clero. Queremos suponer buenas intenciones en el señor presbítero Baltasar; pero es lo cierto que ha dado motivo de escándalo á los buenos con su carta, y que ha proporcionado placer no pequeño á los enemigos de la Iglesia, á juzgar por la conducta de los de esta ciudad de Pasto, quienes en muy pocos días han hecho ya dos ediciones numerosas de la expresada carta, en la imprenta de Ramírez de Gómez Hermanos de esta misma ciudad, puesta siempre, por lo visto, la tal imprenta al servicio del diablo, pues ya son varias las obras salidas de ella que nos hemos visto precisados á prohibir.

El horror que ha causado en los buenos la carta del dicho señor presbítero, y el gusto manifiesto que ha producido en los enemigos de la Iglesia, debe bastar á todo buen católico para juzgarla como contraria á las doctrinas é intereses de nuestra Santa Religión, y rogar á Dios que ilumine á su desgraciado autor. Yo sólo hubiera hecho esto, rogar á Dios que diera sus luces al autor de la carta; pero personas eclesiásticas y seglares me han manifestado deseos vehementes de que dijera algo contra la carta, dándome por razón el que algunos fieles vacilaban en la verdad, por ser un sacerdote el autor de ella, y esto me ha movido á decir algo, pero nada más que algo, por no disponer de tiempo para decir lo muchísimo que se podría decir contra tanta variedad de cosas expuestas de un modo caprichoso, vago, confuso, temerario y sospechoso.

Es la tal carta, en efecto, una verdadera baraúnda de cosas buenas y malas; de verdades y de errores; de doctrinas oscuras y temerarias; de afirmaciones que, según como se miren, pueden parecer negaciones; de negaciones que también pueden parecer afirmaciones, según por el lado que se tomen; y en tanta confusión es poco menos que imposible establecer un perfecto deslinde de todo, y se necesitaría un trabajo no pequeño para ir recorriendo línea por línea toda la carta y señalar en una parte lo que es error, en otra lo que es temerario, aquí lo que es sospechoso, allí lo que es contradictorio, y más allá y por muchas partes lo que necesita de explicación para que deje de ser ó contradictorio, ó sospechoso, ó temerario, ó erróneo y aun herético.

Siendo, pues, poco menos que imposible el decir todo lo que se puede decir contra la carta, sólo me propongo entresacar de

esa baraúnda los errores como capitales ó fuentes y raíces de otros, los cuales haré notar, ó señalaré en cada uno de los capitulitos en que los he de combatir. La mayor gloria de Dios y el bien de las almas es lo único que me mueve á entrar en este nuevo combate que se presenta, y proseguir una lucha de la que, en este mundo, sólo puedo esperar la abundancia de insultos, burlas, desprecios y horribles calumnias, que ya hace tiempo vengo recibiendo de parte de los enemigos de Dios y de su Iglesia Santa.

I

Un gran error que se halla en la carta, contrario á una verdad católica.

Antes de entrar á combatir otros errores, creemos conveniente señalar uno verdaderamente notable que se halla en la introducción de la carta del señor presbítero D. Baltasar Vélez, porque desde el momento en que dicho señor presbítero aparezca, ó negando una verdad católica, ó ignorando esa verdad tratada por todos los teólogos, no cabe duda que cae en descrédito ante toda persona sensata, y como consecuencia también su carta.

Dice, pues, el señor presbítero Baltasar que desde el día en que recibió la ordenación sacerdotal prometió... «no ver en los hombres, ni conservadores, ni liberales, ni católicos, ni herejes, sino *una sola cosa en Cristo.*»

Ver en todos los hombres *una sola cosa en Cristo*, aunque algunos ó muchos de esos hombres admitan y propalen herejías, es no ver con la clara luz de la fe, sino con la negra llama del error. Nuestra Santa Madre la Iglesia jamás ha visto, ve ni verá en esos hombres *una sola cosa en Cristo*, sino que, por el contrario, ha visto, ve y verá en ellos, miembros separados de Cristo.

El primer Concilio Niceno, en el canon VIII, señala condiciones para admitir á los herejes *que quieran volver á la Iglesia*. El primero de Constantinopla dice, en el canon VI, que los herejes están *arrancados*, *separados* de la Iglesia.

Los Santos Padres se expresan en el mismo sentido. San

Jerónimo, en el diálogo contra los Luciferianos, número último, dice: «que los herejes son, no la Iglesia de Cristo, sino la Sinagoga del Anticristo.» Mi gran P. San Agustín (*In Serm. 1.º, c. 6 de Simb. ad cathechum.*) se expresa así: «Todos los herejes salieron de la Iglesia como sarmientos inútiles cortados de la vid.» No hay para qué citar ni más Concilios ni más Santos Padres.

Si pues los herejes están separados de la Iglesia, siendo como es Jesucristo Cabeza de la Iglesia, dedúcese de un modo claro y terminante que los herejes están separados de Jesucristo y no son *una cosa con Él.*

El mismo Jesucristo, Verdad Eterna, nos enseña que hay hombres separados de Él, como se ve en estas palabras salidas de su divina boca: «Así como el sarmiento no puede dar fruto, si no está unido á la vid, así ni vosotros, si no estuviereis en mí.» (Joan., 15, 4.)

Ni de los creyentes que se hallen en pecado mortal puede decirse de un modo absoluto que sean *una sola cosa con Cristo.* Sólo la caridad nos une á Jesucristo de un modo perfecto, y el que la pierde por el pecado, sólo queda unido á Él de un modo imperfecto por el dón de la fe. Por eso dice San Juan (*Epist. 1.ª*, c. 3, v. 8): «El que comete el pecado es del diablo.» Y también dice (*Ibid.*, v. 10): «Todo aquel que no es justo, no es de Dios.»

Aunque tratemos de dar á las palabras del autor de la carta una interpretación lo más benigna posible, siempre será un error contrario á la verdad católica, el decir que los que se manifiestan herejes sean *una sola cosa en Cristo* con los creyentes.

Como consecuencia de todo lo dicho, se presenta este dilema: ó el autor de la carta escribió ese error con conocimiento de lo que escribía, ó con ignorancia. Si con conocimiento, faltó á la fe enseñando una doctrina contraria á la verdad católica, y él y su carta quedan juzgados para todo hijo fiel de la Iglesia; y si con ignorancia, no podemos esperar que quien ignora una verdad católica tan clara, pueda ser maestro que enseñe y desenvuelva debidamente cuestiones católicas tan difíciles y delicadas como las que trata en la carta. Nada más seria necesario añadir para que las personas sensatas miren la carta con el desprecio que se merece; pero he prometido decir algo más, y voy á cumplir la promesa.

II

El republicanismo no es el liberalismo político, como asegura el autor de la carta.

Los verdaderos católicos no confunden ni pueden ya confundir el liberalismo con forma alguna de gobierno, después que el Romano Pontífice, en su Encíclica *Immortale Dei*, ha dicho y enseñado lo siguiente: «Entre las varias formas de gobierno ninguna hay que sea en sí misma reprensible, como que nada contiene que repugne á la doctrina católica; antes bien puestas en práctica discreta y justamente, pueden todas ellas mantener el Estado en orden perfecto.» Concuerdan perfectamente con esas palabras estas otras de la Encíclica *Libertas*: «Ni es tampoco, mirado en sí mismo, contrario á ningún deber el preferir para la República un modo de gobierno moderadamente popular, salva siempre la doctrina católica acerca del origen y ejercicio de la autoridad pública. Ningún género de gobierno reprueba la Iglesia, con tal que sea apto para la utilidad de los ciudadanos; pero quiere, como también lo ordena la naturaleza, que cada uno de ellos esté constituído sin injuria de nadie, y singularmente dejando íntegros los derechos de la Iglesia.»

La Iglesia, pues, como se ve, acepta todas las formas de gobierno, pero no confunde á ninguna con el liberalismo político, porque éste es algo más que forma, y se distingue perfectamente de ella. El republicanismo es una forma, y nada más que forma; el liberalismo político es otra cosa, que no es forma, puesto que puede hallarse unido con todas las formas, y también puede no hallarse con ninguna.

La historia nos ofrece varios ejemplos de repúblicas que no han tenido ni sombra de liberalismo político, y también nos ofrece, y hoy mismo existen, monarquías que son completamente liberales en su política. Republicanos son los ciudadanos de estas repúblicas americanas, y sin embargo hay muchos entre esos ciudadanos, que nada tienen de liberalismo político; y, al contrario, en Rusia, Alemania, Italia y otros puntos, hay muchísimos monárquicos enteramente liberales en política.

No; no es verdad que el republicanismo es el liberalismo político: si lo fuera, aquí en Colombia, donde todos admiten la forma republicana, y todos son republicanos, todos debieran llamarse liberales: ¿cómo es que hay muchísimos que no se llaman así? ¿Por qué, á pesar de ser todos republicanos, hay, sin embargo, dos campos, como los hay en Europa, llamado el uno liberal y el otro no? ¡Ah! Es porque republicanismo y liberalismo político son cosas muy diferentes; repnblicanismo es cuestión de pura forma de gobierno, y liberalismo político es cuestión de doctrinas. Existiendo esta gran diferencia entre una cosa y otra, hay que concluir diciendo que el republicanismo no es el liberalismo político, como asegura el autor de la carta.

III

El liberalismo político que defiende el autor de la carta, aun tal como lo propone, está condenado por la Iglesia.

Confieso con sinceridad que he tenido que leer varias veces la carta del señor presbítero D. Baltasar para poder llegar á comprender qué es lo que entiende por liberalismo político, ó qué liberalismo político es el que defiende como bueno é inocente. Las varias definiciones que da sobre dicho liberalismo eran causa de oscuridad y confusión, que me dificultaban el conocimiento verdadero de la naturaleza del objeto que definía y proponía; pero por fin llegué á ver con claridad suficiente para poder juzgar y decir que, el liberalismo político que propone y defiende en la carta, aun tal como lo hace, está condenado por la Iglesia.

Ya hemos visto que el liberalismo político no es el republicanismo, como dice el autor de la carta. ¿Qué otra cosa es el liberalismo político, según dicho autor? ¿Qué otra definición nos da? Nos da la siguiente: Liberalismo político «es la profesión de la doctrina que reconoce en el hombre derechos connaturales; y en los pueblos, el de gobernarse á sí mismos libre y ordenadamente.»

He ahí una definición vaga, indeterminada, de ancha base,

que puede ser admitida sin inconveniente por un racionalista ó un ateo, y que no puede admitir sin recelo un católico, al ver que se habla en ella de *derechos del hombre*, *y gobierno libre de los pueblos,* frases que vienen sonando muy mal, hace ya tiempo, en los oídos de todo verdadero creyente. Y por cierto que no andaría equivocado el católico que tomara con recelo la tal definición, porque más adelante se explica el autor de la carta, y después de manifestar gusto no pequeño porque *la humanidad se emancipó* con el memorable suceso del 4 de Agosto de 1789, concluye por fin dando otra definición y diciendo que el liberalismo político de que habla, es la **Declaración de los derechos del hombre.** ¡Acabáramos!

La Iglesia Católica enseña, y los autores católicos defienden, que la «Declaración de los derechos del hombre» nació como de fuente del racionalismo, que éste propuso aquellos derechos en teoría, y la revolución los puso en práctica aplicándolos á la política, al gobierno de los pueblos. León XIII, en su Encíclica *Immortale Dei*, dice lo siguiente: «Pero las dañosas y deplorables novedades del siglo XVI, habiendo primeramente trastornado las cosas de la Religión cristiana, por natural consecuencia vinieron á trastornar la filosofía, y por ésta todo el orden de la sociedad civil. *De aquí como de fuente se derivaron aquellos modernos principios de libertad desenfrenada, inventados en la gran revolución del siglo pasado*, y propuestos como base y fundamento de un derecho nuevo, jamás conocido, y que disiente en muchas de sus partes, no solamente del derecho cristiano, sino también del natural.

Visto ese documento, no creo ya necesario recordar que la *Declaración de los derechos del hombre* fué condenada por Pío VI cuando apareció en Francia en la revolución, y tampoco hacer ver que el *Syllabus* condena los desatinos del moderno liberalismo, contenidos todos en germen en la Declaración.

Están, pues, condenados los principios inventados por la revolución del siglo pasado, base y fundamento del derecho nuevo. Jamás ha tenido ni tendrá la Iglesia otra cosa que condenaciones para los principios del 89, para las ideas modernas, para el derecho nuevo, basado en aquellos funestos derechos del hombre.

Queda suficientemente probado que el liberalismo político, de que habla el autor de la carta, está condenado por la Iglesia,

y nada más sería preciso añadir; pero á mayor abundamiento vamos á presentar otra prueba.

Dice el autor de la carta que el liberalismo político que defiende es el que profesan en masa varias naciones que nombra. Una de las nombradas es (como él dice) la *Gran República norteamericana*. Pues bien, León XIII, en su Encíclica dirigida al Episcopado de esa República, después de confesar que allí la Iglesia posee, al abrigo de toda arbitrariedad, la facultad de vivir y obrar, añade estas palabras: «Pero cualquiera que sea la verdad de estas observaciones, no es menos necesario rechazar *el error que consistiría en creer que es preciso buscar en América el ideal de la Iglesia, ó que sería del todo legítimo y ventajoso que los intereses de la sociedad civil y los de la sociedad religiosa caminasen separados, á la usanza americana.*»

Siendo, pues, el liberalismo politico que defiende el autor de la carta el mismo que profesa la República norteamericana, hay que concluir diciendo que no es el ideal de la Iglesia, ni es legítimo, ni ventajoso para la Religión y la sociedad.

IV

Donde se habla de nuevo del liberalismo político y de su condenación por la Iglesia.

En el capítulo anterior me concreté á combatir el liberalismo político tal como lo defiende el autor de la carta; y creyendo será útil y provechoso salir de esos límites, decir algo más, voy á hacerlo en este capítulo, exponiendo la doctrina de la Iglesia sobre dicho liberalismo, para que sea mejor conocida su malicia y se deteste y condene, como lo detesta y condena la Iglesia.

El ideal acariciado del liberalismo es que el Estado, la familia y el individuo sacudan toda obediencia á Dios y á su Iglesia Santa y se declaren completamente independientes. Para conseguir la realización de ese ideal, el liberalismo no se detiene en argumentos, teorías y cosas abstractas, sino que pasa al terreno de los hechos, donde ha manifestado y manifiesta que es un sistema esencialmente político-religioso, y que tuvo razón el profundo publicista Donoso Cortés para decir

que: «Toda cuestión política entraña en sí otra cuestión metafísica y religiosa.»

El liberalismo político es el racionalismo llevado á la práctica. Esto es lo que nos enseña nuestro Santo Padre León XIII en su Encíclica *Libertas*, con estas palabras: «Lo mismo que en filosofía pretenden los *naturalistas ó racionalistas*, pretenden en la moral y en la política los *fautores del liberalismo*, que no hacen sino aplicar á las costumbres y acciones de la vida los principios sentados por los *naturalistas*.»

Así como dije antes que el filosofismo fué el que propuso en teoría los *Derechos del hombre*, y la revolución la que los llevó á la práctica, del mismo modo digo ahora, apoyándome en las palabras de León XIII, que el racionalismo propone los errores, y el liberalismo los lleva á la práctica en la política ó gobierno de los pueblos.

Esa aplicación que hace el liberalismo de los principios del racionalismo á la política, puede ser en mayor ó menor escala «porque la voluntad (dice León XIII) puede separarse de la obediencia debida á Dios y á los que participan de su autoridad no del mismo modo, ni en el mismo grado, y por lo cual el liberalismo tiene múltiples formas.»

Tres formas principales señala el mismo León XIII en su Encíclica *Libertas*. La primera es la que rechaza absolutamente el supremo señorío de Dios en el hombre y en la sociedad, y por esto se llama este liberalismo *radical*. La segunda, es la que confiesa que hay que obedecer los mandatos conocidos por la razón natural, mas no los que Dios quiera imponer por otra vía, ó sea por la sobrenatural de su Iglesia. Se llama este liberalismo *naturalista*. La tercera forma ó clase de liberalismo la describe León XIII con estas palabras: «Algo más moderados son, pero no más consecuentes consigo mismos, los (liberales) que dicen que, en efecto, se han de regir según las leyes divinas la vida y las costumbres de los particulares, pero no las del Estado, porque en las cosas públicas es permitido apartarse de los preceptos de Dios, y no tenerlo en cuenta al establecer las leyes. De donde sale aquella perniciosa consecuencia, que *es necesario separar la Iglesia del Estado*. Absurdo que no es difícil conocer, por ser cosa absurdísima que el ciudadano respete á la Iglesia, y el Estado no la respete.» (Encíclica *Libertas*.)

Hemos copiado con toda intención, letra por letra, lo que dice nuestro Santo Padre sobre esta forma de liberalismo, para hacer notar que ésta es la que proclama en su Manifiesto la Convención de Delegados del Partido Liberal que se reunió é instaló en Bogotá el 20 de Agosto del presente año. En ese Manifiesto, que lleva la fecha de 15 de Septiembre, dicen los Delegados de un modo claro, terminante y bajo su firma, que: «Deferente al sentimiento religioso de la gran mayoría del país, la *Convención, aun cuando cree que la solución científica del llamado problema religioso es* LA SEPARACION DE LA IGLESIA Y EL ESTADO, admite que las dos potestades sean arregladas por un Concordato.«

¡Qué burla y qué insulto á la mayoría del país! Ya lo sabe la gran mayoría, ya lo saben los católicos de Colombia. Los Delegados de la Convención del Partido Liberal creen que, si llegan á mandar ó ser gobierno, deben mirar nuestra Santa Religión como cosa extraña, de la que no tendrán por qué cuidarse, por más que sea la de la mayoría, y sólo así como por gracia, y en atención á que es la religión de la mayoría, admitirá un Concordato; pero á pesar de ese Concordato, «consagrarán la libertad de cultos en su más generosa amplitud, y la libertad absoluta de la prensa, sin la más mínima limitación.» Son esas las dos libertades de perdición que se señalan en el Manifiesto; pero también se presentarán todas las otras libertades modernas, como consecuencia lógica. ¡Pobre Iglesia de Colombia y pobre Religión de los colombianos, si los liberales llegan á gobernar!

Además de esas tres formas de liberalismo, hay otras menos principales y variadas, según la mayor ó menor atenuación que hacen de los principios racionalistas, y la aplicación más ó menos acentuada de esos mismos principios á la política ó gobierno de los pueblos. Todas, sin embargo, están condenadas por la Iglesia, y deben abominarse, porque uno mismo es el criterio racionalista de todas ellas, que proclama la independencia del hombre de la autoridad de Dios, aunque unos pidan más independencia y otros menos.

V

Existe un liberalismo católico, ó catolicismo liberal, condenado por la Iglesia, que no enumera el autor de la carta.

Por raro que parezca, y por repugnante que sea, no es posible dudar y es preciso convenir en que existe un liberalismo católico, ó catolicismo liberal, porque de lo contrario sería preciso admitir el absurdo de que se engañan á sí mismos y engañan á todos los que dicen: *Yo soy católico, pero liberal*; y lo que todavía es más grave, sería preciso admitir el aún mayor absurdo de que los Sumos Pontífices Pío IX y León XIII se han engañado, y nos engañan, al hablarnos en tantas ocasiones de los católico-liberales, y al condenar su conducta. Los católicos no podemos admitir que los Vicarios de Jesucristo se engañen y nos engañen en asunto como el que se trata; por otra parte, todos conocemos á no pocos de esos hombres que gritan y dicen en todos tonos que son liberales, pero que también son católicos, y hay que convenir, por consiguiente, en que existe un catolicismo liberal, por más que catolicismo y liberalismo sean cosas opuestas, y no sea posible la unión entre ambas.

No voy á decir lo que es el catolicismo liberal, lo seductor que se presenta, y los daños que causa á la Santa Iglesia y á las almas, porque Pío IX lo dijo todo mucho mejor de lo que yo pudiera decirlo en los repetidos Breves y Alocuciones con que ha condenado ese error, y basta que copiemos algunas partes principales de esos documentos para conocerlo tal cual es, y saber á qué atenernos sobre el asunto. Muchas citas se podrían hacer, pero sólo haremos algunas.

En 1871 decía á unos romeros franceses: «Lo que aflige á vuestro país y le impide merecer las bendiciones de Dios, es la mezcolanza de principios. Diré la palabra, y no la callaré; lo que para vosotros temo no son esos miserables de la *Commune*, verdaderos demonios escapados del infierno; es el liberalismo católico, es decir, este sistema fatal que siempre sueña en poner de acuerdo dos cosas inconciliables, la Iglesia y la revolución. Le he condenado ya, pero le condenaría cuarenta veces, si necesario fuera. Sí, vuelvo á decirlo por el amor que os tengo; sí,

ese juego de balancín es el que acabaría por destruir la Religión entre vosotros.»

En Breve de 8 de Mayo de 1873, dirigido á los círculos católicos de Bélgica, dice así: «Lo que más alabamos en vuestra muy religiosa empresa es la absoluta aversión que, según noticias, profesáis á los principios católico-liberales y vuestro denodado intento en desarraigarlos. Verdaderamente al emplearos en combatir ese insidioso error, tanto más peligroso que una enemistad declarada, porque se cubre con el manto del celo y la caridad, y en procurar con ahinco apartar de él á las gentes sencillas, extirparéis una funesta raíz de discordia, y contribuiréis eficazmente á unir y fortalecer los ánimos.»

En otro Breve de 9 de Junio del mismo año decía á la Sociedad Católica de Orleans: «Aunque tengáis que luchar contra la impiedad, tal vez por este lado es más leve el peligro que os amenaza, que el que os viene de amigos imbuídos en aquella doctrina anfibia, que rehuye las últimas consecuencias de los errores y retiene obstinadamente sus gérmenes.»

Doy fin á estas citas con el Breve del 28 de Julio de 1873 al obispo de Quimper, donde refiriéndose á la Asamblea general de las Asociaciones católicas, se expresa de este modo: «Pudieran ponerlas en el camino resbaladizo del error, esas opiniones llamadas liberales, aceptas á muchos católicos, por otra parte hombres de bien y piadosos, los cuales por la influencia misma que les da su religión y piedad, pueden muy fácilmente captarse los ánimos é inducirlos á profesar máximas muy perniciosas. Inculcad, por lo tanto, Venerable Hermano, á los miembros de esa católica Asamblea que Nós, al increpar tantas veces como lo hemos hecho á los secuaces de esas opiniones liberales, no nos hemos referido á los declarados enemigos de la Iglesia, pues á éstos habría sido ocioso denunciarlos, sino á esos otros antes aludidos, que, reteniendo el vírus oculto de los principios liberales que han mamado con la leche, cual si no estuviese impregnado de palpable malignidad, y fuese tan inofensivo como ellos piensan para la Religión, lo inoculan fácilmente en los ánimos, propagando así la semilla de esas turbulencias que tanto tiempo ha traen revuelto el mundo.»

Estos Breves cierran todas las salidas á los católico-liberales, ó anfibios, como muy bien se dice en uno de ellos; y para que no quede libre de censura ni aun el nombre de liberal,

León XIII, en su Alocución en el Consistorio de Cardenales de 30 de Junio de 1889, dijo lo siguiente: «No comprendemos cómo puede haber personas que dicen ser católicas y que al propio tiempo no sólo tengan simpatías con el liberalismo, sino que llegan á tal grado de ceguedad é insensatez, que se glorían de *llamarse liberales*» (1).

El liberalismo está condenado por nuestra Santa Madre la Iglesia en todas sus formas y grados, y todo el que se precie de buen católico debe también condenarlo de la misma manera, y rechazar hasta el *nombre de liberal*.

VI

Se prueba que no son unos pocos, como dice el autor de la carta, los liberales de Colombia que profesan el liberalismo condenado por la Iglesia.

Para probar lo que me propongo en el presente capítulo, no es necesario discurrir mucho ni buscar razones, porque el autor de la carta lo da todo hecho, y suministra en su escrito argumentos en abundancia contra lo que él mismo dice, ó sea, contra la afirmación que hace de que son *unos pocos* los liberales que aquí en Colombia profesan el liberalismo condenado por la Iglesia.

Confiesa, en primer lugar, el autor de la carta de un modo terminante, que tiene muchísimos amigos liberales. Suponiendo, pues, como es natural suponer, que esos muchísimos amigos liberales del autor de la carta profesan, por lo menos, el liberalismo político de que él habla y trata, y quedando ya probado que ese liberalismo está condenado por la Iglesia, resulta que sólo por ese lado son ya muchísimos los que profesan el liberalismo condenado por la Iglesia.

En otra parte, dice el autor de la carta que «hay *muchos* conservadores en Colombia, deístas, materialistas; *muchos* que no creen sino muy pocas cosas de la Religión, y *muchos* indife-

(1) Véase lo anotado en la página 75.

rentistas y librepensadores.» Estos, pues, ¿no profesan el liberalismo condenado por la Iglesia, aunque se llamen lo que quieran? Son, pues, *muchos* y no *unos pocos*.

Cuenta también el autor de la carta que los liberales aquí en Colombia, «insultaron al clero en los periódicos, escarnecieron los dogmas de la Religión, implantaron la masonería, decretaron oficialmente la enseñanza de Bentham, usurparon el patronato, los diezmos y otros bienes de la Iglesia, suprimieron conventos, desterraron al santo arzobispo Mosquera del modo más criminal, expulsaron á los jesuítas, los volvieron á desterrar en 1861, lanzaron del país á los Obispos, extinguieron las Comunidades religiosas, sacando aun á culatazos á las monjas de sus monasterios, usurparon como treinta y más millones de pesos de los bienes de las iglesias, le quitaron al clero el derecho de elegir y ser elegido, restablecieron la enseñanza oficial de Bentham y suprimieron la enseñanza religiosa en las escuelas, volvieron á desterrar á los Obispos, á perseguir sacerdotes, á arrebatar cementerios, á poner en práctica la odiosa ley del matrimonio civil, convirtiendo las iglesias en cuarteles, los sacerdotes en soldados, fusilando y macheteando imagenes sagradas,» etc.

Al hacer el autor de la carta ese largo y espeluznante relato de crímenes, ¿estaba el autor convencido de que son *pocos* los liberales de Colombia que profesan el liberalismo condenado por la Iglesia? Creemos que no; porque de haber sido pocos, no hubieran podido cometer esos horrendos atropellos y crímenes en presencia de tantos y tantos verdaderos católicos, que los hubieran impedido indudablemente, si hubieran podido hacerlo.

No se dirá, para rebatir la fuerza del argumento que precede, que lo dicho se refiere á años pasados, y que los liberales de ahora no son los de entonces. Esto acaso hubiera podido creerse antes de haberse reunido en Bogotá la Convención del Partido Liberal, con Delegados de todos los departamentos; pero después de haber tenido lugar la Convención, y haber declarado los Delegados, en representación del Partido Liberal, lo que han de hacer si llegaran á ser gobierno, las disposiciones que han de tomar, contrarias á la doctrina y moral del Catolicismo, y el desprecio con que han de mirar á la Iglesia y á nuestra santa Religión, no hay por qué dudar de que los liberales de hoy son y piensan lo mismo que los de los años pasados.

Al número que compongan todos los que llevamos indicados como liberales que profesan el liberalismo condenado por la Iglesia, hay que añadir aún todos esos á quienes oímos decir con frecuencia: «Yo soy católico, que creo todo lo cree nuestra Santa Madre la Iglesia, pero soy liberal en política.» Añadamos, digo, todos los que dicen eso, porque ya hemos visto, y probado queda, que está condenado el catolicismo liberal, y condenados los católico-liberales, y será preciso concluir diciendo, contra lo que dice el autor de la carta, que no son pocos los que en Colombia profesan el liberalismo condenado por la Iglesia.

VII

Hay en Colombia muchos liberales prácticos, de quienes conviene hablar para bien de ellos mismos, y de otros.

Si nos atenemos al rigor de las leyes de la argumentación, es indudable que podemos llamar liberales prácticos á todos los sectarios del liberalismo, una vez que ya dejamos dicho que el liberalismo es un sistema eminentemente práctico, y que no se detiene en especulaciones y teorías. ¿Para qué, pues, este capítulo dedicado á probar que existen en Colombia liberales prácticos, cuando ya queda probado que existen liberales? Parece, en efecto, innecesario el capitulito; pero su lectura hará ver que no es innecesario, ni mucho menos.

Los liberales de que aquí se va á tratar se diferencian de los otros, en que sólo lo son en sus obras, y no en las ideas. Se puede decir, pues, que liberales prácticos son aquellos que no admiten error alguno del Liberalismo, pero que se conducen, sin embargo, en la vida civil y política como si fueran tales liberales. De éstos hablo, y de éstos digo que conviene hablar, para bien de ellos mismos y de otros. Un bien será para ellos si, al verse en el número de los que aquí señalemos, se reconocen, se arrepienten y se vuelven á Dios. Y un bien será asimismo para otros, si por esta lectura evitan el caer en el Liberalismo práctico.

Es poco menos que imposible hacer una relación de todos los que se manifiestan, de una manera ú otra, como liberales

prácticos, porque esas maneras son de una variedad incalculable. Sólo, pues, apuntaré los que me parecen más notables, y en este capítulo sólo una clase, que es la siguiente:

«Los que están bajo la dirección de jefes liberales, y se hallan siempre dispuestos á obedecer sus órdenes.» Estos, como se ve, se hallan afiliados al partido, y aun se llaman liberales. Dicen, sin embargo, por otra parte, que condenan todas y cada una de las libertades de perdición del Liberalismo, y oyen la Santa Misa, rezan acaso el Santo Rosario, y *hasta pagan la primicia y se confiesan,* como dice el autor de la carta, para eximirlos de complicidad en el Liberalismo y sus crímenes nefandos. Pero ¿están, en efecto, esos tales exentos de responsabilidad y culpa delante de Dios? No; antes bien son los grandes cómplices de todos los pecados, atropellos y maldades de ese partido, en el que han aceptado un puesto, en el que figuran públicamente, y al que están dispuestos á apoyar, defender, exaltar y elevar, si pueden, á la cumbre del poder.

En este grupo entran, y hay que poner indudablemente, á esos miles de desgraciados campesinos afiliados al partido liberal, que por la mañana han oído la Santa Misa, y han recibido la bendición de sus respectivos párrocos, y algunos del Obispo, y por la tarde va y les habla su jefe liberal, les dice que estén listos para el momento en que se les llame, ó para votar al candidato liberal, ó para lanzarse á la guerra, advirtiendo que, ó no hagan caso de lo que digan los curas, ó que los amarren cuando llegue el momento; y esos hombres se ponen á disposición de su jefe, se alistan y esperan sólo las órdenes para obedecerlas en todas sus partes, por criminales que sean. ¿Hemos de decir aún la gran tontería, tan contraria á los principios de la moral cristiana, de que esos hombres están exentos de responsabilidad y de culpa delante de Dios? ¿No se ha visto ya que esas masas han profanado iglesias, han destrozado imágenes, han amarrado Obispos y sacerdotes, y no han respetado nada, por venerable que sea, cuando sus jefes les han mandado cometer esos crímenes? ¿Y diremos aún que no tienen tienen responsabilidad ni culpa?

Aun suponiendo que esos hombres no conocen en todos sus detalles las maldades del Liberalismo, no por eso debemos eximirlos de responsabilidad; pero aunque estuvieran en la más crasa ignorancia, hay que trabajar por sacarlos de esa igno-

rancia, que tantos daños causa á la Religión y á la sociedad, porque... ¿quién hace las revoluciones? ¿Las hacen acaso los ocho ó doce de cada pueblo que pronuncian discursos ó escriben artículos liberales? Hay que confesar que éstos promueven las revoluciones; pero ¿las podrían llevar á cabo sin el concurso y ayuda de esos hombres del pueblo? No; no las podrían llevar á término, y el Liberalismo, por consiguiente, quedaría en sus cabezas, y no sería aplicado al gobierno de los pueblos.

Aun cuando, pues, las gentes del pueblo se hallaran en completa ignorancia de las iniquidades del Liberalismo (que no lo concedo), es de toda precisión el instruirlas y sacarlas de esa ignorancia, porque en ello va el bien de la Religión y de los pueblos. No estoy conforme, ni puedo estarlo, con ciertas personas (algunas muy respetables) que dicen que el pueblo todo es católico, y hay que dejarlo y no decirle nada. Esto mismo decían algunos en el Ecuador, antes de la última revolución, cuando algún ministro de Dios, llevado de su celo y viendo las cosas como eran, prevenía á los pueblos contra el maldito Liberalismo. No, decían, no hay por qué predicar de eso: aquí el pueblo es todo católico; todos tienen fe, todos profesan las doctrinas de nuestra Santa Madre la Iglesia. El desengaño, el amargo desengaño, llegó tarde para esas personas, y ahora se lamentan de su candidez. Creo que nada habría que temer en un país como éste, si se llega á hacer comprender á todos la responsabilidad y culpa que tienen ante Dios por estar afiliados al partido liberal, y la mala situación de alma en que se encuentran, estando como están dispuestos á seguir y obedecer á los jefes liberales en cuanto les manden. Si después de explicarles todo esto, se empeñan en seguir en su mala disposición, los principios de la Teología Moral nos dicen cómo tienen que conducirse con ellos el párroco y el confesor. Hablo de esta manera, porque creo que va en ello la gloria de Dios y la salvación de las almas.

VIII

Donde se enumeran y dan á conocer otros liberales prácticos.

He dado á conocer en el capítulo anterior los liberales prácticos que tienen mayor complicidad en los pecados y crímenes del Liberalismo: ahora siguen otros, que aun cuando no entren en el número de los mayores y primeros cómplices, como son los que quedan dichos, no por eso están exentos de complicidad liberal, y por consiguiente de culpa y responsabilidad delante de Dios.

Siendo una cosa cierta é innegable que el partido liberal de Colombia es anticatólico, porque así consta en el Manifiesto que la Convención de ese Partido ha dado en Bogotá con fecha 15 de Septiembre último pasado, es claro que todos los que cooperan de alguna manera á favorecer, fomentar y dar vida á ese partido, se hacen cómplices del Liberalismo, y responsables delante de Dios.

De nuevo advierto que sólo voy á señalar los que me parecen cómplices más notables, porque no es posible hablar de todos en este pequeño escrito. Son los siguientes:

1.° Los que dan su voto por candidatos liberales. Estos cooperan para que vayan al Concejo, Asamblea, Congreso, Vicepresidencia ó Presidencia, personas que han de hablar, proponer, votar ó mandar según sus erróneas doctrinas, y por tanto se hacen responsables delante de Dios los que ponen á esas personas en situación de poder hacer daño á la Religión y escandalizar á los prójimos.

2.° Son liberales prácticos y cómplices de liberalismo los que contribuyen con su dinero á la mejor organización del Partido Liberal, como lo han hecho muchos en los meses pasados, dando su cuota respectiva para que pudieran ir los Delegados á la Convención, y como lo hacen en otras ocasiones para propagar escritos liberales, hacer fiestas liberales, ó llevar adelante asuntos relativos á dar movimiento, fuerza y vida al Partido.

3.° Son liberales prácticos y responsables ante Dios los que asisten á fiestas liberales; los que concurren á entierros libera-

les; los que forman parte de asociaciones liberales; los que vitorean á los hombres liberales por sus obras liberales, y los que alaban y llenan de aplausos á los que pronuncian discursos liberales.

4.° Lo son también los que se suscriben á periódicos liberales, porque contribuyen á la propagación del liberalismo sosteniendo con su dinero el periódico, causan mal ejemplo á los que los ven, y los animan á hacer lo mismo; y dan ocasión á los de su familia para que lean lo que no les conviene leer, por el peligro á que se exponen de perder ó debilitar su fe. Lo mismo debe decirse de los que imprimen, reparten, venden y anuncian tales periódicos, folletos ó libros malos.

5.° Son liberales prácticos los que mandan sus hijos ó dependientes á escuelas ó colegios liberales, proporcionándoles con eso ocasión de ruina espiritual, y haciéndose, por consiguiente, responsables de esa ruina. Contribuyen además á sostener el Colegio, y darle importancia, lo que tampoco puede hacerse sin responsabilidad moral.

6.° Son cómplices de liberalismo los que elogian y ensalzan ciertos colegios, escuelas y publicaciones liberales. En este punto faltan con frecuencia algunos periodistas que se llaman católicos, que llegan unas veces hasta el extremo de excitar á los padres de familia á que manden sus hijos á centros de enseñanza liberales, ponderando las cualidades del *ilustrado y competente director* y las grandes prendas de la *virtuosa y simpática directora*; y otros avivan la curiosidad é inclinan el ánimo hacia escritos liberales, poniendo por las nubes el mérito literario de la obra y lo variado y ameno de su lectura, sin tener en cuenta que cuantos más atractivos tenga la obra, es mucho más peligrosa.

No se explica esa conducta en escritores que blasonan de católicos, como no se explica que, después de un artículo entusiasta en favor de la Religión católica, siga el anuncio de las obras de Voltaire, de Diderot, de Renan y otras; ni el que digan que desean numerosa suscripción y larga vida á ciertos periódicos (al endemoniado *Mefistófeles*, por ejemplo) y lamentan la desaparición cuando dejan de publicarse.

Es lo más extraño ver esas cosas en los periódicos de Colombia que militan en el campo opuesto al liberalismo; y las ponemos de manifiesto para que el que tenga ojos vea y trate

de corregirse. Un buen católico debe lamentarse de que se abra el Colegio liberal y aparezca el periódico, folleto ó libro liberal, y alegrarse con toda su alma cuando los ve que dejan de existir.

7.° Son liberales prácticos y cómplices de liberalismo los que critican la Encíclica del Papa, la Pastoral del Obispo, el sermón del sacerdote, por la sola razón de que en la Encíclica, en la Pastoral ó en el sermón se dice algo contra el liberalismo.

A todos éstos y á muchísimos otros que no señalamos, porque sería cosa interminable, se les puede aplicar cuanto sobre la cuestión de complicidad enseñan los autores de Teología Moral.

IX

Otro capitulito sobre complicidad de liberalismo, que se hace necesario y puede ser muy provechoso.

Como el autor de la carta defiende con tanto ardor á las mujeres que se apellidan liberales, y las llama ángeles de paz, que prodigan amor y ternura, y las compadece en gran manera, y se lamenta porque las reprenden, he creído necesario y útil escribir este capítulo, en el que se trate exclusivamente de las mujeres liberales en la práctica, ó cómplices de liberalismo; y creyéndolo necesario y útil, allí va el capítulo, aun cuando no sea recibido muy bien por cierta clase de personas. Nuestro Señor Jesucristo mandó predicar el Evangelio á todas las gentes y que las enseñaran á observar todas las cosas que había mandado; y como no excluyó á nadie, las mujeres, lo mismo que los hombres, también deben creer todas las verdades y observar todo lo mandado, porque de lo contrario se hacen responsables delante de Dios.

Siendo, pues, la verdad católica y la moral cristiana tan intransigentes con los hombres como con las mujeres, éstas se hacen también cómplices de liberalismo:

1.° Cuando hacen algunas ó alguna de las cosas apuntadas en el capítulo anterior, como dar dinero para los asuntos del partido liberal, asistir á fiestas liberales, aplaudir obras y dis-

cursos liberales, suscribirse á periódicos liberales, y mandar hijos ó dependientes á colegios ó escuelas liberales.

2.º Se hacen cómplices de liberalismo cuando manifiestan públicamente sus simpatías por el partido liberal, y esa complicidad es tanto mayor cuanto más alta sea la posición que ocupe en la sociedad la señora que se llama liberal, ó sea, cuanto más figure, ó por su talento, ó por sus riquezas, ó por otros motivos, porque es claro que entonces influye más á favor del partido. Con sólo mostrarse afecta ó en relaciones amistosas con los sectarios del partido liberal, ya hace mucho por el partido.

3.º Son cómplices de liberalismo las mujeres que se adornan con *cintas rojas*, engalanan sus casas y balcones con trapos *rojos* en las fiestas (lo han hecho hasta para funciones religiosas), con el objeto exclusivo de dar á entender con esas cintas y trapos rojos que les gusta el partido liberal, y que lo quisieran ver triunfante.

4.º Lo son también las mujeres que adornan las fachadas de sus casas para recibir á las tropas liberales, y les preparan y arrojan coronas, y los vitorean con entusiasmo y placer.

5.º Igualmente lo son las mujeres que, cuando se trama alguna revolución ó se está ya en ella, bordan las banderas que han de llevar los batallones liberales, y cosen trajes para los soldados; y mucho más las que conducen cartas ó pliegos de importancia para que lleguen á su destino con mayor seguridad, y sirven de espías para contribuir al mejor éxito de lo que intentan conseguir los liberales, en casos dados, para el bien del partido.

6.º Contraen mucha mayor complicidad liberal las mujeres que aparentan piedad y devoción, que confiesan y comulgan con frecuencia, y siguen, sin embargo, llamándose liberales públicamente, y manifestándose como tales con alguno ó algunos de los actos que dejamos apuntados. Estas mujeres causan mucho daño en las almas sencilas, porque con su frecuencia de Sacramentos, con su devoción y piedad aparentes, engañan á esas almas, que discurren de ese modo: «¿No dicen que es malo el Liberalismo? ¿Cómo es que la señora Fulana se llama liberal, y anda con los liberales, y acude á sus fiestas, y les ayuda, y manifiesta deseos de que triunfen, *siendo tan piadosa como es?*» ¡Cuánto daño hacen á las almas y á la Iglesia estas mujeres!

No señalamos otros muchos modos con que no pocas muje-

res se hacen cómplices de liberalismo. Nadie desconoce los señalados; y todos saben que los ponen en práctica, aquí en Colombia, muchas de las mujeres que se llaman liberales. También se les puede aplicar á ellas cuanto dicen los teólogos moralistas sobre los pecados de complicidad.

Si el autor de la carta se pone en la presencia de Dios, y piensa y medita con calma é imparcialidad, no podrá menos de convenir en que, en efecto, muchas mujeres contraen complicidad liberal por alguno ó alguno de los modos indicados, ó por otros; y en ese caso, yo le suplico, por Jesucristo Nuestro Señor, que no vuelva á llamar á esas mujeres ángeles de paz, ni les diga que son virtuosas, ni alabe su piedad, porque eso es engañarlas, y hacerles más daño que si les quemara la casa donde viven, ó les diera de palos. La caridad pide á gritos que se les diga que obran mal, que son pecadoras, para que se arrepientan, dejen sus pecados de complicidad, y pidan á Dios perdón y gracia para no ofenderle más.

X

Ó con Jesucristo, ó contra Jesucristo.

Los liberales que hacen guerra franca á Jesucristo, y se despachan á su gusto contra todo lo que le pertenece, con ruido y escándalo; los que le persiguen de un modo más moderado y sin grandes alborotos; los que buscan el modo de que el liberalismo, sin dejar de ser tal, ande unido con el catolicismo, con perjuicio de éste, y los que ayudan y protegen á todos esos en su obra liberalesca, es claro y manifiesto que están contra Jesucristo, y no militan en el bando de los que están con El. Pero ocurre que hay católicos que creen poder permanecer neutrales, y no pertenecer á ninguno de esos dos bandos opuestos que hoy se disputan el gobierno de los pueblos, aspirando el uno á regirlos según la ley de Dios y enseñanzas de la Iglesia, y el otro sin tener en cuenta para nada lo que manda Dios y lo que enseña la Iglesia. Este es otro error que es preciso disipar, y á eso dedico este capítulo.

Ese estado neutral, ese puesto medio en que quieren perma-

necer algunos católicos, es una ilusión, una quimera, un engaño completo, porque jamás ha existido ni existirá. Así lo declaró formalmente Jesucristo en su Evangelio cuando dijo: «El que no está conmigo, está contra Mí.»

Algunos han querido oponer á esa sentencia esta otra, que se lee en San Lucas: «El que no está contra vosotros, por vosotros es.» Cornelio Alápide y todos los expositores dicen que no hay oposición entre esas dos sentencias, porque la última debe entenderse así: El que *en nada* está contra vosotros, está por vosotros. Eso no se verifica en el neutral en religión, y por eso resulta siempre que el que no está con Jesucristo, está contra Él.

Tiene Jesucristo la plenitud de autoridad sobre las naciones, los pueblos y los individuos, y puede imponer su ley á unos y otros con pleno derecho á ser obedecido. Las naciones, pues, los pueblos y los individuos que están neutrales y les sea indiferente el que Jesucristo sea ó no sea obedecido, están contra Él, porque no le procuran una obediencia que le corresponde, y dejan que no se le rinda el homenaje que se le debe como á Soberano Señor de todo, y permiten hasta que se le insulte y desprecie.

Jesucristo tiene derecho á que todo sea para Él, para gloria suya, y todo, por consiguiente, debe ordenarse á ese fin en el gobierno de las naciones, de los pueblos, de las familias, y en la conducta de los individuos. Los que no procuren ese estado de cosas, aquéllos para quienes sea indiferente que se le dé ó no se le dé gloria á Jesucristo, que se le reconozca ó no por Soberano Señor de todo, que se le sirva ó no se le sirva, están contra Jesucristo.

De aquí se puede deducir que un Gobierno, aun cuando no dicte leyes de persecución contra la Iglesia de Jesucristo, con sólo el hecho de mostrarse indiferente para con ella, está ya contra Jesucristo. Esto se comprenderá mejor con un ejemplo.

Supongamos que un hombre se presenta de repente en una casa, y dirigiéndose puñal en mano á la señora de ella, le exige cuanto dinero guarda en sus arcas, so pena de hundirle el puñal en el pecho. Allí mismo está un hijo de la señora, fuerte y robusto, que puede muy bien defender á su madre y librarla de aquel peligro; pero lejos de hacer eso, dice para sí: «Ahí se las arregle mi madre como pueda. Si la roban, que la roben; si no quiere dar el dinero y la matan, que la maten; nada tengo que

ver en eso; observaré una conducta neutral.» ¿Quién no dirá, en este caso, que ese hijo, en el mero hecho de no obrar á favor de su madre, pudiendo hacerlo, obró contra su madre? Esto es indudable, porque la madre salió perjudicada por no haberla defendido su hijo.

Hace lo mismo un Gobierno que ve y observa los daños que se hacen á la Religión de Jesucristo, y dice como aquel hijo: «Ahí se las haya la Religión como pueda. Si se blasfema de Dios, que se blasfeme; si se propagan errores contrarios á sus doctrinas, que se propaguen; si se la borra de los corazones por la seducción, que se la borre; si desaparece totalmente de los pueblos, que desaparezca; si Jesucristo es olvidado por completo, me da lo mismo; no tengo que ver en eso. Yo he de permanecer neutral.» ¿Quién puede dudar, preguntamos de nuevo, de que ese Gobierno está contra Jesucristo?

La misma doctrina se puede aplicar á los individuos que pueden y deben hacer algo por Jesucristo y no lo hacen. Hoy se encuentran muchos de esos, que dicen muy frescos: no me meto en política; allá se las arreglen; que suba el que quiera; lo mismo me importa que manden unos como que manden otros. ¿Quién no ve que estos hombres están contra Jesucristo, puesto que nada les importa que suban al poder hombres que lo persigan en su Iglesia, en sus ministros y en sus cosas?

Hay otros muchos de los que cada uno de ellos se explica de este modo: Sensible es todo lo que está pasando; grande es el peligro en que nos hallamos; los enemigos de Dios trabajan con ardor; pero ¡qué hemos de hacer! Yo con nadie pienso meterme; no es cuestión de indisponerse con nadie.

Algunos ó muchos de los que hablan de ese modo pueden hacer mucho por Jesucristo, ó por su posición social, ó por su talento, ó porque disponen de no pocos recursos; no lo hacen y dejan que trabajen los enemigos de Jesucristo, con tal de que esos enemigos de Jesucristo sean amigos de ellos y no los persigan como hacen con el Divino Maestro: ¿Diremos que éstos están con Jesucristo, siendo amigos de sus enemigos y no oponiéndose á sus planes de guerra á Jesucristo, pudiendo hacerlo?

Basta: esos neutrales están juzgados por Jesucristo con esta sentencia que dió contra ellos: «Quien no está conmigo, está contra Mí.»

XI

O Catolicismo, ó Liberalismo. No es posible la conciliación.

Cuando la Iglesia nuestra Madre ha hablado sobre alguna cuestión, el verdadero católico, al tratar de la cuestión de que ya habló la Iglesia, debe siempre pensar y hablar de ella, sin perder de vista las enseñanzas dadas por la que es Maestra de la verdad, si es que quiere andar sobre terreno firme y seguro. Debe desaparecer el juicio propio cuando la Iglesia ha manifestado el suyo.

¿Ha hablado la Iglesia y ha manifestado su juicio en eso de componendas y conciliaciones entre catolicismo y liberalismo, entre católicos y liberales? Sí; la Iglesia ha hablado y ha condenado esas conciliaciones, como perjudiciales á la Religión y á las almas. Para probar esta afirmación citaremos sólo una proposición condenada en el *Syllabus*, una Alocución y un Breve de Pío IX, dejando otros documentos que también prueban lo mismo, y que se podrían citar.

La última proposición condenada en el *Syllabus*, dice lo siguiente: «El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y la civilización moderna.» Condenada esa proposición como errónea, resulta verdadera la contraria, ó sea que el Romano Pontífice ni puede ni debe reconciliarse ni transigir con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna. El Catolicismo, pues, del que el Papa es Jefe y cabeza, no puede reconciliarse con el Liberalismo; son incompatibles. Esta condenación solemne es ya suficiente prueba para todo católico; empero, á mayor abundancia, citaremos lo que más hace al caso de la Alocución y del Breve que dijimos.

El 17 de Septiembre de 1861, después del Decreto relativo á la canonización de los veintitrés mártires franciscanos del Japón, dijo Pío IX lo siguiente: «En estos tiempos de confusión y desorden, no es raro ver á cristianos, á católicos—también los hay en el Clero,—que tienen siempre en boca las palabras de término medio, conciliación y transacción. Pues bien, yo no titubeo en declararlo: estos hombres están en un error, y no los

tengo por los enemigos menos peligrosos de la Iglesia... Así como no es posible la conciliación entre Dios y Belial, tampoco lo es entre la Iglesia y los que meditan su perdición. Sin duda es menester que nuestra fuerza vaya acompañada de prudencia; pero no es menester igualmente que una falta de prudencia nos lleve á pactar con la impiedad... No, seamos firmes: nada de conciliación; nada de transacción vedada é imposible.»

El Breve que hemos prometido citar, es el que el mismo Pío IX dirigió al Presidente y socios del Círculo de San Ambrosio de Milán, en 6 de Marzo de 1873, donde dice lo siguiente: «Si bien los hijos del siglo son más astutos que los hijos de la luz, serían, sin embargo, menos nocivos sus fraudes y violencias, si muchos que se dicen católicos no les tendiesen una mano amiga. Porque no faltan personas que, como para conservarse en amistad con ellos, se esfuerzan en establecer estrecha sociedad entre la luz y las tinieblas, y mancomunidad entre la justicia y la iniquidad por medio de doctrinas que llaman católico-liberales, las cuales, basadas sobre principios perniciosísimos, adulan á la potestad civil que invade las cosas espirituales, y arrastran los ánimos á someterse, ó á lo menos á tolerar las más inicuas leyes, como si no estuviese escrito: *ninguno puede servir á dos señores*. Estos son mucho más peligrosos y funestos que los enemigos declarados, ya porque sin ser notados, y quizá sin advertirlo ellos mismos, secundan las tentativas de los malos, ya también porque se muestran con apariencias de probidad y sana doctrina, que alucina á los imprudentes amadores de conciliación y trae á engaño á los honrados que se opondrían al error manifiesto.»

Habló, pues, la Iglesia prohibiendo las conciliaciones entre católicos y liberales, y habló de un modo tan enérgico, tan expresivo, tan terminante, que no deja lugar á la menor duda. Si pues habló la Iglesia y condenó esas conciliaciones, no se deben ni se pueden proponer ni aceptar, y los que las proponen y los que las aceptan obran en contra de lo que enseña y quiere la Iglesia.

Es preciso enseñar esta doctrina en tono tan alto, que todos la oigan, y de un modo tan claro, que todos la entiendan. Yo, haciendo mías las palabras de Pío IX, y aplicándolas á nuestra actual situación, concluyo este capítulo diciendo: Nos hallamos en días de confusión y desorden, y en estos días se han presen-

tado hombres cristianos, católicos (también un sacerdote) lanzando á los cuatro vientos palabras de término medio, de transigencia, de conciliación. Pues bien, yo tampoco titubeo en declararlo; esos hombres están en un error, y no los tengo por los enemigos menos peligrosos de la Iglesia. No es posible la conciliación entre Jesucristo y el diablo, entre la Iglesia y sus enemigos, entre catolicismo y liberalismo. No, seamos firmes: nada de conciliación, nada de transacción vedada é imposible. O catolicismo, ó liberalismo. No es posible la conciliación.

XII

Dedúcese de lo dicho en los capítulos que preceden, cuán injustas son las invectivas del autor de la carta contra el clero de Colombia.

Lanza el autor de la carta quejas tan amargas, recriminaciones tan duras é invectivas tan injuriosas contra el clero de Colombia, porque predica contra el liberalismo y manifiesta lo que son los liberales, que si él no asegurara que es sacerdote, pudiera creerse que es un furioso anticlerical.

Los sacerdotes de Colombia, según el autor de la carta, condenan el liberalismo sin entender lo que condenan, y con sermones que califica de supremamente inconvenientes. No sólo es eso, sino que añade, con atrevimiento incalificable, que en el momento que los liberales dan un poco de dinero á los sacerdotes, éstos cambian la hoja, ya no los consideran malos, y olvidan sus prédicas contra ellos. ¡Qué calumnia y qué injuria! ¡Venerables sacerdotes! Haced todos coro conmigo, y exclamemos diciendo: ¡Perdona, Señor, al hermano, y llénalo de tus luces y gracias!

Si el autor de la carta apoyara sus quejas, recriminaciones é invectivas en fundamentos sólidos, la cosa sería de todos modos muy triste, y no merecería ni el *transeat* de los que argumentan, por razones muy sencillas que los simples fieles han comprendido; pero si esas quejas, recriminaciones é invectivas se apoyan en falsos fundamentos, la cosa aparece mucho más triste, desconsoladora y lamentable.

¿En qué funda el autor de la carta sus quejas é invectivas

contra el clero de Colombia? Lo hemos visto; las funda en el falso supuesto de que en Colombia son pocos los liberales. ¿Para qué, dice, esos sermones contra el liberalismo, si aquí no hay más que liberales políticos, ó sea republicanos, cosa que todos somos? ¿Para qué esas condenaciones desde el púlpito, si aquí no hay más que unos pocos que profesan el liberalismo condenado por la Iglesia? Sobre todo, ¿por qué gritar contra las mujeres, siendo como son todas ellas clericales, ángeles de paz, piadosas y buenas?

De todos los capítulos que preceden, se deduce con claridad cuán injustas son las recriminaciones. En efecto; probado que republicanismo no es liberalismo político; que el liberalismo político, aun tal como lo explica el autor de la carta, está condenado por la Iglesia, y, por último, que hay en Colombia muchos que profesan el liberalismo condenado por la Iglesia y muchos cómplices; probado, digo, todo esto, caen por tierra los fundamentos enteramente contrarios en que apoya el autor de la carta sus quejas, recriminaciones é invectivas, y éstas resultan, como consecuencia, infundadas é injustas.

No negaremos, sin embargo, que pueda haber alguno que otro entre los sacerdotes que en alguna ocasión se haya expresado con dureza al tratar del liberalismo y liberales; ó que haya hablado teniendo en mira algún interés terrenal, ya propio, ya de la familia, ó que no haya expuesto la malicia de ese error funesto con toda la precisión que se requiere en los términos. No negamos que pueda suceder eso y, si así ha sucedido, tampoco tratamos de excusar la imprudencia, ó el mal fin, ó la ignorancia; antes por el contrario, lamentamos esas faltas y deseamos que no se cometan; pero no por eso se ha de dejar de predicar contra el Liberalismo. Es de toda necesidad atacar á ese error, porque es el gran peligro para la Religión y para la sociedad; pero el ataque no ha de ser mal hecho, porque en ese caso gana el enemigo. El ataque conviene que se prepare antes, y, una vez preparado, darlo con serenidad, con entereza y siempre con el recto fin de hacer bien á las almas y dar gloria á Dios.

Hubiera dado fin á este capítulo con lo dicho; pero el autor de la carta expresa una idea errónea en el mismo punto donde dice que los sacerdotes se callan cuando les dan dinero, y es preciso rebatirla. Al terminar el punto indicado, dice estas pa-

labras: «En todo caso, su dinero (el de los liberales), no es vitando.»

¿Qué quiere el autor de la carta para los liberales? ¿Quiere que estén exentos de ciertas obligaciones, sólo porque son liberales? ¿Quiere que la Santa Iglesia los dispense de pagar diezmos y primicias, por la sola razón de que son hijos rebeldes? ¿No están tan obligados á esas leyes de la Iglesia como los hijos obedientes y sumisos? Bien sabe ó debe saber el autor de la carta que sí están obligados, aunque hayan tenido la desgracia de llegar hasta la herejía, porque no es justo que reporten ventaja alguna de su rebelión. ¿A qué, pues, esa observación hecha así, como quien dice una gracia, siendo infundada é injusta? Y si el cura presencia el matrimonio de un hijo de liberal, ó hace el entierro de la esposa ó de la hija, ó desempeña alguna otra función de su ministerio que le pidan, y á la cual se señalan derechos por arancel, ¿por qué razón ha de gozar el liberal del privilegio de no dar esos derechos? Ya ve, pues, el autor de la carta que *su gracia* no tiene gracia, ni razón, ni justicia, ni nada de bueno, sino mucho de malo.

Injustas, muy injustas son las recriminaciones é invectivas del autor de la carta á sus hermanos en el sacerdocio. Todos indudablemente lo perdonan de corazón y piden á Dios que lo perdone.

XIII

Conceptos erróneos del autor de la carta acerca de la actitud del Clero colombiano con los partidos conservador y liberal.

Para el autor de la carta es un pecado, que ha convertido en un lago de sangre la República, el apoyo que los sacerdotes han prestado al partido conservador, y el haberse inclinado á este partido, haciendo oposición al partido liberal. ¡Y qué cosas dice, y qué razones da para reprobar esa actitud del Clero!

Hay que confesar que no le falta lógica al autor de la carta en ocasiones, y que saca admirablemente las consecuencias que se desprenden de los principios que ha sentado. La lástima es que los principios sean falsos, y que las consecuencias, como es lógico, sean también falsas.

Dice y repite el autor de la carta que aquí en Colombia no existe el liberalismo malo de Europa; que son pocos los que profesan el liberalismo condenado por la Iglesia, y que los conservadores y liberales están separados por intereses políticos, más que por ideas religiosas.

Sentados esos principios, es muy lógico que el autor de la carta haga al Clero colombiano amonestaciones, y le llame á examinar su conducta, y le pregunte que ¿por qué se inclina al partido conservador y le presta apoyo, y se opone al liberal? ¿Quién no ve lo lógico de las amonestaciones en ese supuesto? Si no hay diferencia de ideas religiosas entre conservadores y liberales; si todos son hijos obedientes y sumisos de nuestra Santa Madre la Iglesia; si unos y otros la defienden, la protegen, la aman, ¿por qué los sacerdotes apoyan al partido conservador, y hacen oposición al partido liberal?

Es una lástima, repetimos, que sean falsos los principios sentados por el autor de la carta; si fueran verdaderos, nosotros tendríamos el gran gusto de sacar las mismas hermosas consecuencias que él saca; no haríamos distinción entre partido y partido; aconsejaríamos que estuviesen unidos, puesto que piensan lo mismo; la unión no sería difícil en ese caso, y vendrían la paz, el bienestar, la abundancia y la dicha. ¡Cuánto hiciéramos y cuánto daríamos por que todo eso fuera verdad! ¡Bien sabe Dios que nada le negamos, con el fin de que llegue á ser una verdad todo eso!

Hoy, desgraciadamente, no es verdad lo que dice el autor de la carta. Los liberales acaban de decir al público que son verdaderos liberales en el Manifiesto que han dado en Bogotá; no cabe duda, por consiguiente, de que son enemigos de la Iglesia, y el Clero tiene el deber, no sólo de orar en el interior del templo, sino también de trabajar fuera, y de poner en juego cuantos medios lícitos estén á su alcance para que el partido liberal no llegue á gobernar los pueblos con leyes que los independicen de Dios y los lleven á la más completa ruina.

El mismo autor de la carta nos dice lo que ha sido el partido liberal de Colombia para la Iglesia y sus ministros. No hay por qué repetir el relato que hace de los horrendos crímenes que ha cometido ese partido, porque ya queda copiado en otro lugar; pero sí hay que añadir que el autor de la carta no ha inventado esos crímenes, sino que los ha sacado de la historia, donde to-

dos pueden leerlos, aunque verdaderamente ni eso hace falta, porque aún viven muchos testigos oculares que los testifican, y ahí están las ruinas de los conventos y las haciendas de las iglesias vendidas, testigos no menos elocuentes, aunque mudos.

Si la Convención del partido liberal no hubiera hablado, aún pudiera decirse que los liberales de ahora no son los mismos que los de entonces; pero habló, y ya no hay por qué dudar que son lo mismo, enemigos declarados de nuestra Madre la Iglesia. ¿Cómo quiere, pues, el autor de la carta que guardemos las mismas consideraciones y prestemos el mismo apoyo á ese partido que al partido conservador? ¿Por qué se ha de reprobar la oposición que el Clero le hace?

Los sacerdotes deben hacer siempre la oposición mayor que puedan á cualquier partido, en todo lo que haya contrario á Jesucristo y á su Religión Santa, y crea el autor de la carta que el Clero de Colombia, sus hermanos en el sacerdocio, tampoco aprueban en el partido conservador, sino lo que no sea contrario al Catolicismo. No; no pueden tener aprobaciones para lo que en él se encuentre de malo; eso lo condenan, lo mismo que condenan todo lo que tiene de malo el partido liberal.

La lucha actual es religiosa, aunque tenga lugar en el terreno de la política, porque á ese terreno la lleva el liberalismo; y es claro que los sacerdotes tienen que tomar parte en esa lucha, y apoyar á los que más favorezcan á la Religión. ¿Y quién duda que el partido llamado conservador, aquí en Colombia, se ha conducido en sus relaciones con la Iglesia muchísimo mejor que el partido liberal? Y si la Iglesia es mejor tratada por el partido conservador que por el liberal, ¿por qué extraña el autor de la carta que los sacerdotes se inclinen más al partido conservador, y hagan oposición al liberal? ¿Y por qué reprueba que los sacerdotes, cuando se presentan en elecciones dos candidatos, el uno católico y el otro liberal, digan á los fieles *en qué urna y por quién* deben depositar sus votos? León XIII, al hablar sobre el particular en su Encíclica *Sapientiæ christianæ*, dice: «Debe favorecerse (con el voto) á los varones de probidad manifiesta y beneméritos del nombre cristiano, y ninguna causa puede haber para que sea lícito anteponer á los que están animados en contra de la Religión.» Lo mismo nos habían dicho ya los teólogos moralistas, y, por lo visto, el autor de la carta había olvidado la

Teología por lo menos en algunos puntos, y de ahí sus conceptos erróneos acerca de la actitud del Clero colombiano con los partidos conservador y liberal.

XIV

Necesidad de luchar contra el Liberalismo de un modo decidido y unánime, en vista de lo alarmante de su propagación entre nosotros, con perjuicio de nuestra santa fe.

Ya lo hemos probado, y lo hemos dicho, y lo hemos repetido: los liberales son muchos en Colombia; muchos, además, los culpables de complicidad liberal, y podemos añadir que es posible sean muchos más aún los resabiados de liberalismo que lo favorezcan, acaso sin darse cuenta.

Tiene, pues, nuestra santa Fe muchos enemigos, pero enemigos que no duermen, que no descansan ni están mano sobre mano, sino que se mueven, que obran, que luchan de continuo por obtener el triunfo, y gobernarnos con la menor dosis de catolicismo que les sea posible, y sólo en el caso de que no les sea dado desterrarlo del todo, pues únicamente permitirán algo por deferencia, como ellos dicen, al sentimiento religioso de la gran mayoría.

En virtud de ese movimiento continuo del enemigo, de esa actitud, de esos trabajos, de ese luchar constante y tenaz, ensancha su esfera de acción, engruesa sus filas, va ganando terreno, avanza, y se presenta de frente, no sólo pidiendo, sino exigiendo que se respeten los derechos que dice tener para separar á los hombres de Dios, su Criador y Dueño, y legislar de modo que se pueda insultar á ese gran Dios impunemente, y propagar cuantas blasfemias ocurran. ¡Como si pudiera haber derecho para tales crímenes! Si todo derecho viene de Dios, es indudable que Dios no da ni puede dar derecho alguno al hombre para que lo desprecie, para que lo insulte, para que obre contra Él; y, por consiguiente, el hombre no tiene esos derechos que pide y exige el liberalismo. ¡Con qué gusto nos detendríamos á explanar esta doctrina! Pero no es ese el asunto que ahora tratamos, y lo dejamos con sentimiento.

Decíamos que el enemigo avanza, que ensancha su campo, que se propaga. Sí; el liberalismo se extiende por todas partes; todo lo invade, cual peste mortífera, y yo veo que ya han caído muchos, víctimas de su destructora acción. Veo á unos, que han muerto ya á la vida de la fe; á otros, que andan gravemente afectados del terrible mal, y á muchos, que bambolean faltos de firmeza, y como embriagados por la asfixia que les produce la atmósfera contagiosa que se respira por todas partes. Muchos, muchísimos han tragado ya el veneno sin sentirlo, y escriben á lo liberal, y hablan á lo liberal, y obran á lo liberal, habiendo figurado antes en el campo de las ideas sanas.

Siendo, pues, atrevida y alarmante la actitud del enemigo, y grande el peligro para las almas, necesario es luchar con valor cristiano, si no queremos figurar en la milicia de Jesucristo como soldados cobardes é indignos de su nombre. No se trata de que cada católico coja su fusil, ni excito á nadie á que lo coja, porque los enemigos no se presentan aún con fusiles; si se presentaran con ellos, entonces harían bien los católicos en coger también fusiles, y salirles al encuentro; porque si un pueblo puede guerrear por ciertas causas justas, mucho mejor puede hacerlo para defender su fe, que proporciona medios, no sólo para ser felices en cuanto cabe serlo en la tierra, sino también para conseguir la verdadera y eterna felicidad para que fué criado el hombre. Si no hubiera derecho para guerrear en este caso, no lo habría en ningún otro, porque todos los otros justos motivos que puede haber son muy inferiores al de la conservación de la fe de un pueblo que se halla en posesión de ella. Pero no se trata de la lucha de sangre, repito, ni excito á ella. ¡Ojalá no la veamos nunca! Sólo digo que, en vista de cómo el liberalismo se propaga, y de la altivez y arrogancia con que se presenta, superiores é inferiores, eclesiásticos y seglares, jóvenes y ancianos, ricos y pobres, hombres y mujeres, todos estamos en el deber de defender nuestra fe de la manera lícita que cada uno pueda, y de luchar contra el liberalismo, impedir su propagación, y acabar, si es posible, con sus doctrinas y sus obras.

Mucho y bueno han dicho ya los Prelados de esta provincia eclesiástica de Colombia contra el monstruo que amenaza tragarnos. Recomendamos la lectura de *La Semana Religiosa*, órgano de la diócesis de Popayán, y la de *El Revisor Católico*, que lo es de la de Tunja, por no nombrar otros; y en muchos de

los números correspondientes á los últimos meses se encontrarán artículos muy superiores combatiendo las doctrinas liberales. El último que hemos visto en *La Semana Religiosa*, de la diócesis de Popayán, titulado «El liberalismo colombiano,» lo recomendamos en especial al autor de la carta, y á otros que dicen con él que no existe en Colombia el liberalismo condenado por la Iglesia.

Los sacerdotes, secundando las miras de sus Prelados, han mantenido y mantienen muy alta la bandera de la integridad de la fe católica, con instrucciones dadas al pueblo y con escritos brillantes.

Preciso es también que los católicos seglares hagan coro con sus Prelados y sacerdotes, y griten alto y recio en defensa de la fe. Ante un enemigo común que nos provoca á la lucha, nadie debe permanecer inactivo y perezoso.

La fe debe ser para los pueblos el tesoro de más valor, y ese tesoro hay que defenderlo, sin permitir que disminuya en lo más mínimo, á fin de transmitirlo íntegro á los que nos sucedan, como el legado más precioso que les podemos dejar. Nace, pues, de ahí para cada católico un deber imperioso de acudir á la defensa de su fe cuando la ve en peligro, y de luchar, y de oponerse al enemigo por cuantos medios permite la ley de Dios.

Hoy, el combate religioso lo presenta el enemigo en el terreno político. A ese terreno hay que acudir, pues, con valor y decisión, para que los mandatarios sean católicos, y católica su manera de gobernar los pueblos, ó sea su política. La Iglesia no hace ni puede hacer suyas las candidaturas liberales, y el que da el voto por ellas, peca y ofende á Dios.

Podemos también oponernos al error, y luchar contra él con la palabra, ó sea, no callando cuando en nuestra presencia se hable contra nuestra Santa Religión. El que sepa escribir, puede combatirlo oponiendo doctrinas íntegramente católicas á las doctrinas impías ó de medias tintas. Todos podemos hacer algo contra el error con el buen ejemplo, viviendo como buenos católicos, y también con la oración, rogando á Dios con fervor que ilumine á los ciegos, que traiga al buen camino á los que andan descarriados, y sostenga á los buenos en la fe y en la práctica de las virtudes cristianas.

CONCLUSION

Otros muchos capítulos se pudieran añadir á esta obrita, de no menor interés que los que quedan escritos; pero nos hemos propuesto que se reparta pronto y se pueda conseguir con facilidad, y la damos por terminada con lo que vamos á decir como conclusión.

Sea lo primero asegurar de corazón que á nadie odiamos ni tenemos mala voluntad; que para todos pedimos á Dios abundantes bendiciones y, sobre todo, la vida eterna, y que el fin que nos hemos propuesto al hacer este trabajito es contribuir en algo al triunfo de la verdad, á la gloria de Dios y al bien de las almas.

Hecha esta declaración, quedamos dispuestos y preparados para recibir esa lluvia de frases de puro género liberal, ya viejas, y hasta con olorcillo á almacén donde están guardadas, hasta que les parece hay necesidad de sacarlas al aire. ¡Intransigencia! ¡Oscurantismo! ¡Los ministros de Dios no deben meterse en política! ¡Su misión es misión de paz! ¡Eso es falta de caridad! Venga todo eso, que más nos han dicho ya; pero conste que sólo se trata en este opúsculo de pura religión; que aunque nuestra misión es de paz. también lo es de guerra contra todo error, y que no es falta de caridad enseñar la verdad tal como la enseña la Iglesia. La caridad que tanto predica el liberalismo ó sus sectarios, sólo es tolerancia absurda y criminal, que nunca tendremos, si Dios no nos deja de su mano.

Esperamos que el autor de la carta recibirá con buena voluntad cuanto dejamos dicho, porque, por una parte, dice *que sujeta humildemente su escrito al juicio del Episcopado colombiano;* y por otra, debe suponer que hemos escrito, no contra él, sino contra los errores de su carta. También esperamos que reciba los siguientes consejos que le damos:

1.º Que no haga alarde de independencia de carácter, ni diga que nunca piensa ser materia plástica de nadie, porque eso no está conforme, ni mucho menos, con la perfección de la humildad cristiana, y es una disposición de ánimo muy expuesta á total ruina espiritual. Por lo menos debe ser plástico, blando, dúctil, y dejarse modelar fácilmente de Dios, de su santa Religión y de sus legítimos superiores.

2.° Que no corra tanto por el Norte de América y Europa, porque aquí en Colombia hay mucha falta de sacerdotes, y los Prelados los deseamos para los pueblos que no los tienen.

3.° Que no llame á Nuestro Señor Jesucristo *Tribuno del pueblo*, añadiendo que vino á establecer los derechos del pueblo, porque todo eso suena á revolucionario, y es mucho más respetuoso y dulce llamarle, como le llama el pueblo cristiano, Divino Redentor de las almas, Salvador que nos sacó de la esclavitud del pecado y del demonio, Libertador que nos libra del infierno, si nosotros le servimos fielmente.

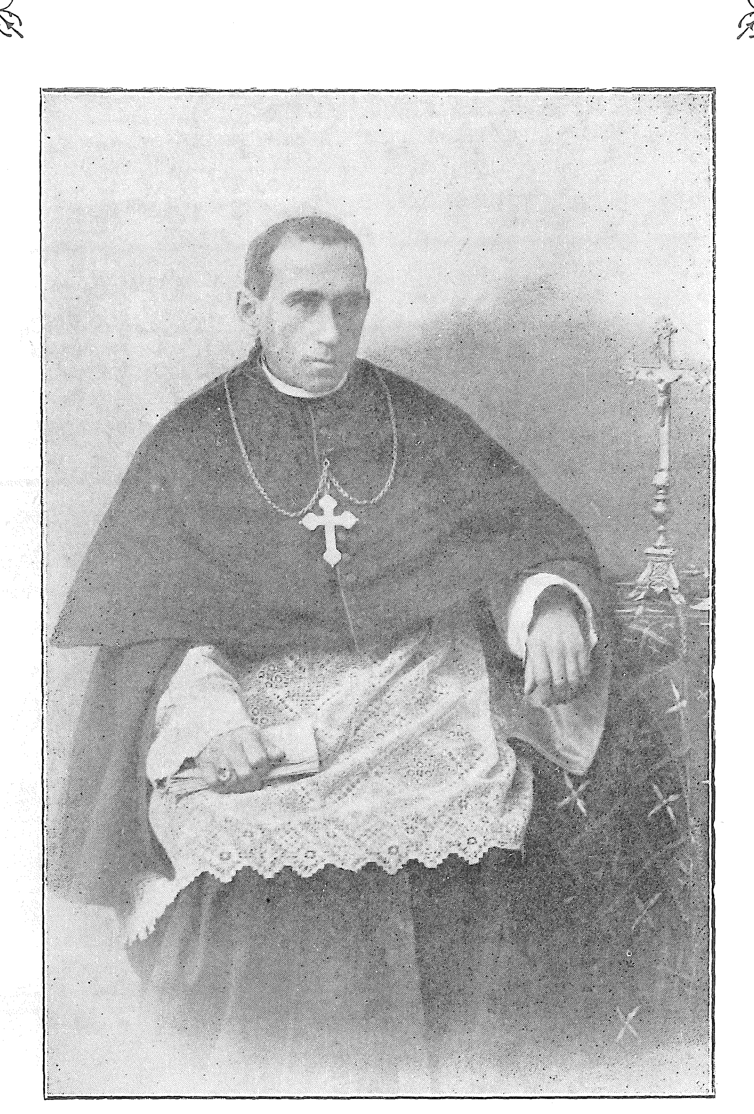
4.° Que no haga ostentación de tener muchísimos amigos liberales, ni diga á los demás que pueden hacer lo mismo, porque el error es contagioso, y se pega. Por eso dice Dios en los *Proverbios* (c. 1, v. 10): «Si te provocan los pecadores diciéndote: júntate á nosotros..., hijo mío, no condesciendas con ellos; no te juntes con ellos.» San Pablo dice también á Timoteo: «Huid de esta clase de hombres..., porque resisten á la verdad.» (II, c. 3.) Eso mismo enseña nuestra Santa Madre la Iglesia, y no otra cosa dicen los Santos Padres.

Sirvamos á Dios Nuestro Señor en este mundo de la manera que Él quiere que le sirvamos, para qne tengamos la dicha de verle, poseerle y gozarle en el otro. Allí nos veamos todos. Así sea.

Pasto 29 de Octubre de 1897.

A. M. D. G.

ADVERTENCIA. *Cuando en alguna parte de esta obrita hemos empleado frases como la siguiente:* «Liberales que profesan el Liberalismo condenado por la Iglesia,» *no es porque admitamos dos liberalismos, uno condenado y otro no, uno malo y otro bueno. Nos hemos expresado así, para acomodarnos al modo de hablar del autor de la carta, y rebatir mejor sus errores. Sólo admitimos un Liberalismo, malo, pésimo y condenado por nuestra Santa Madre la Iglesia.*



ILMO. Y RMO. SR. D. FR. EZEQUIEL MORENO Y DÍAZ,

Obispo de Pasto (Colombia).

Nació, 9 Abril 1848. † 19 Agosto 1906.